III.

Suceso grave.

Por aquellos días andaba la política descompuesta y la situación delicada, en virtud de que el descontento cundía en las poblaciones más importantes del Estado; la tempestad se anunciaba con un murmullo sordo, y el mar revuelto de la opinión pública iba alzando olas que alteraban, aunque débilmente, el tranquilo estero de San Martín. Más de una vez oí en la tienda de los Gonzagas la voz profética de Severo, que con humos de sabio previsor, creía y afirmaba que antes de mucho se armaría *la bola;* que el distrito X no soportaba á su Jefe político; que el Distrito Z se moría de hambre por la escasez de maiz, y sin embargo, no se

disminuía el impuesto sobre el arroz que era su único ramo de explotación; que en el Congreso el Lic. Pérez Gavilán iba minando y minando, al grado de que contaba ya con una mayoría dispuesta á encausar al Gobernador cuando las cosas estuvieran en sazón; que dos Jefes políticos acababan de ser removidos por sospechosos y sustituidos con personas que no servían para maldita la cosa; en una palabra, que la bola se armaría antes de mucho.

Debo decir con franqueza, que Severo me era profundamente antipático, de una manera invencible, para lo cual tenía yo motivos que voy á confesar, aunque algunos me causen rubor. Gozaba yo en el pueblo de tal cual reputación de muchacho ilustrado, al extremo de haber sido alguna vez secretario interino del Ayuntamiento, con aplauso de este respetable cuerpo, quien, sin embargo, hubo de nombrar propietario á un primo de la esposa del Jefe político, porque éste así lo dispuso. Tenía yo una hermosa letra inglesa, de la que había en aquel tiempo poquísimos ejemplares, y solía yo poner las

primeras palabras de las actas con letra gótica que no dejaba que pedir. Además, me sabía como el *Padre Nuestro* la grámatica de Quiroz, la Aritmética comercial que era texto en San Martín, y había leído diez ó quince veces el *Instructor* y otras tantas el *Periquillo*; con todo lo cual tenía formado un caudal de instrucción, que abrazaba retazos de ciencias naturales, tajadas de Historia, girones de Geografía, y aun ciertos mendrugos de Náutica y Derecho natural.

Ahora bien; á pesar de todo esto, Severo me miraba siempre desde arriba, como si estuviera encaramado en la torre de la Iglesia y yo metido en el fondo de un pozo; y lo que más me irritaba era la buena fe visible con que se suponía superior á mí. Y lo cierto es que cuando estábamos en el mismo corro, hablaba él sin reparo, con la voz reposada y calmosa de siempre, y con su eterna persuación de decir grandes cosas, mientras yo me sentía encogido y guardaba vergonzoso silencio; y por más que yo me esforzaba en declarar interiormente que aquel fatuo era un ignorante, le admiraba en rea-

lidad y le envidiaba, sobre todo sus conocimientos literarios, que á pesar de mi resistencia me cautivaban, y avivaban en mi alma el corrosivo veneno de la envidia. En verdad nada sabía, pero tenía ese desplante para decir desatinos, que aun en nuestra culta capital se sobrepone con frecuencia á la verdadera instrucción y al positivo talento.

No me le hacía menos antipático su físico. Era hombre como de treinta y cinco años, bajo de cuerpo, de menguada frente, mirar soñoliento, labios delgados rodeados de escasos y gruesos pelos semirubios, y piernas más que medianamente encorvadas, que movía en paso largo, lento y acompasado, como correspondía á un hombre de sus talentos y fama. Aunque todo el pueblo tenía por él sentimientos á los míos semejantes, era bien aceptado en todas partes: paradoja que se comprende fácilmente, con sólo saber que era el tinterillo de San Martín. Nada menos que seguía un pleito contra el tendero español y como apoderado de los Gonzagas, por no sé qué negocio que ambas

casas comerciales hicieron en participación.

Tal era el hombre que anunciaba la proximidad de la bola, y que en el día de la patria tenía el alto encargo de hablar al pueblo.

Realmente, las noticias de la capital eran alarmantes, y se sabía que las remociones de empleados se hacían frecuentes, como sucede siempre que llega á las alturas del poder el rumor de próximas borrascas. En San Martín, mientras tanto, se procuraba no tener opinión por lo expuesto que es formularla antes de que se sepa el resultado probable del negocio; pero yo que oía las conversaciones y atisbaba las palabras y los gestos, y aun alguna descuidada franqueza, me persuadí desde entonces de que en este país la *opinión* está siempre en favor del desorden, dé donde diere, y sin necesidad de averiguación, á verdad supuesta y buena fe guardada.

Oyendo aquí y platicando allá, un día en el portal, otro en el atrio de la iglesia, una noche en la tertulia de los Llamas, fuí formando un conjunto de noticias, suposiciones y comentarios que me dieron la suficiente

instrucción en esta especial chismografía que se contagia, que embriaga y que envicia. Poco tiempo bastó para que yo le tomara afición decidida, y solía ya con frecuencia meter mi cucharada en glosas y profecías.

Era un hecho: el licenciado Pérez Gavilán era un grande hombre; por supuesto; como que *la iba á armar* contra los abusos y desmanes del poder. Era sin duda un grande hombre, digno de regir los intereses del Estado. El Gobierno deseaba arrojarle del Congreso; pero no había manera de conseguirlo, y además se temía que tal proceder hiciera estallar la mina. Estaba de acuerdo con tres militares de importancia; ¡no cabía duda! El Jefe político del distrito H. era su compadre: luego el distrito era suyo en cuerpo y alma. No había que calentarse la cabeza, la revolución comenzaría antes de un mes.

Y en cuanto á la parte de San Martín, clarito se veía que el Gobierno, conociendo que no contaría con el Comandante Cabezudo, había enviado á Coderas para tenerle á raya. Pues ahí está el motivo de sus sordas hostilidades. Don Mateo, podía apostarse

á que estaba ya de acuerdo con el gran Pérez Gavilán y con el General Baraja, á quien el otro confiaba la parte militar del asunto.

Por supuesto que de todas estas indudables hipótesis tomaba yo nota en un corro para soltarlas en otro; mas debo declarar que no hablaba yo de la misma manera entre los de las Lomas que en ruedas del barrio del Arroyo. Ambos, sin desmentir su raza, deseaban que *hubiera lumbre*, pero los de las Lomas hacían votos interiormente porque á Don Mateo se le llevaran los demonios; mientras los del Arroyo estaban impacientes porque su jefe diera la voz de alarma para ponerse á su lado y entrar en la zambra. Yo no tenía color determinado, y era por lo mismo igualmente aceptado por unos y otros; pero comenzó á divulgarse mi inclinación á Remedios, y esto sobró para que en mi presencia se hablase con cuidado de no lastimar ni remotamente á Don Mateo. Lo comprendí y no quise hacer tan mal papel entre los de las Lomas; dejé de frecuentar el portal; pero procuré que tampoco me tomasen por enemigo. Tal era la delicadísi-

ma situación de San Martín cuando llegó el 16 de Setiembre, que como antes he dicho, se celebraba aquella vez con nuevo y no conocido lujo. Y sabido todo esto por el lector, calcule la trascendencia del desgraciado suceso del aquel día, que pasmó, confundió y alarmó al ya asustadizo vecindario.

Fué el caso, que habiendo tomado la bandera Don Mateo para presidir el *paseo cívico de costumbre*, Coderas se interpuso en su camino, se la quitó de las manos, y con voz desde luego irritada, dijo:

—Esto me toca á mí.

El héroe de San Martín se quedó de pronto estupefacto, más que de corrido, de admirado al encontrar hombre capaz de cometerle desacato tan inverosímil. Pero en seguida la sangre acudió agolpada á su cabeza, manchósele el semblante de un color rojo amoratado que le dió un aspecto de ferocidad espantosa, y cerrando los puños gritó:

—Á vd!..... Cómo á vd!

Coderas estaba ya en la plaza.

—Sí, señor, replicó; yo soy la primera autoridad política del distrito.

—Y yo!.....

—Vd. aquí no es nada!

Y el Jefe político, haciendo un gesto de grosero desdén, inició la marcha grave y pausadamente al son del tambor, y suavemente acariciado por el lienzo tricolor que el viento echaba sobre su cabeza. Cuando Don Mateo quiso lanzarse sobre él, según su costumbre, dos ó tres amigos suyos y yo le detuvimos, procurando calmarle.

Los asistentes se habían quedado de una pieza, deseando en su mayoría convertirse en ratones y escapar por cualquier agujero, para no verse en el fatal compromiso de quedarse con el Comandante ó seguir á Coderas; pero su vacilación no podía ser larga, porque el Jefe político se iba alejando, y los más tomaron el partido de ir con él. Los Llamas creyeron encontrar el medio justo: saliendo de la sala, se escurrieron pegados á la pared hasta la esquina, y tomaron á buen paso el rumbo de su habitación; resultando de aquí que Don Mateo creyese que habían ido con Coderas, y éste que se habían quedado con aquél.

Yo no me moví..... por no moverme.

IV.

Los festejos.

AQUELLA situación embarazosa duró poco, pues D. Mateo empujado por su fiera cólera salió de la sala municipal, vociferando y agotando en sus palabras cuanto la germanía de cuartel tiene de más enérgico y vigoroso; de tal suerte, que de los diversos grupos de gente que había en la plaza, buen número de personas se aglomeró tras él, para informarse de lo que le ocurría y acompañarle á su casa.

Yo, no sabiendo que hacer, no hice nada, y me quedé en la sala estupefacto y atado por tan imprevisto y grave acontecimiento, hasta que vino á despabilarme una voz conmovida que dijo á mi espalda:

—¡Qué feo ha estado esto!

Volví la cara y me encontré frente á Bermejo, el Recaudador, hombre ligado con cierta intimidad á Don Mateo; pero que cuidaba como cosa propia el empleillo y trataba siempre de nadar entre dos aguas. Entramos en serias consideraciones sobre el caso, y Bermejo llegó á decirme que aquello había sido una imprudencia del Jefe político, y que el Comandante no se quedaría con el desaire que públicamente recibiera. De fijo que más tarde asentó en algún corro lo contrario; pero á mí, no tuvo reparo en manifestarme con su *franqueza de costumbre*, que concedía en todo la razón al tío de Remedios.

Llevábamos larga la hebra, cuando apareció por la esquina el irritable Coderas con su comitiva, precedida por la extensa columna de chiquillos de la escuela. El paseo concluía y tuvimos que apresurarnos para llegar al portal antes de que Severo comenzara su *discurso cívico;* pero toda nuestra prisa no nos sirvió más que para tomar lugar entre el pueblo que se apiñaba en derredor, pero á buena distancia de la tribuna.

El Jefe político había colocado la bandera en el *templete*, á un lado del retrato del Libertador, sentándose después, con la gravedad del caso, en el descuadernado sillón presidencial. Las demás autoridades ocupaban las pocas sillas que rodeaban el *altar de la patria* y la gentecilla menuda de la escuela se había de propia autoridad posesionado de unas cuatro bancas que la previsión municipal agregara para los *particulares*.

Un campanillazo seco anunció que el orador Oficial se encaramaba en la tribuna; y en efecto, el busto de Severo, tranquilo, serio y dormilón, apareció destacándose sobre el fondo oscuro de las cortinas de las Ánimas.

Si yo hubiese tomado de memoria el discurso íntegro del fatuo tinterillo, quizá no pudiera resistir á la tentación de estamparlo aquí; pero tranquilícese el bondadoso lector: no conservo sino frases sueltas que llegaban á mi oído, cuando el orador, en sus lentas y majestuosas oscilaciones volvía el rostro hacia el lugar en que yo me encontraba. Mi sitio estaba distante de la tribuna, y el orador se volvía hacia él pocas veces.

Tosió, puso el manuscrito sobre la barandilla, derramó una mirada sobre su atento auditorio y lanzó el grito sacramental:

—«¡Conciudadanos!»

Y los conciudadanos se volvieron todo oídos y le miraron de hito en hito.

No pude oir sino palabras sueltas del exordio; pero comprendí que trataba largamente de su insuficiencia y del alto honor que se le *había hecho*, nombrándole para recordar en aquel día los nombres y azañas de sus héroes al olvidadizo pueblo de la Cabecera. Con frecuencia miraba, sin ver, un punto vago del espacio ó la barandilla de la tribuna, atisbando el primer renglón del párrafo que debía lanzar: se detenía un momento; pero una vez atrapado el susodicho renglón, salía el párrafo entero, con toda la gallardía que es compatible con el trabajo de hablar de memoria.

Yo aguzaba el oído, pero el ruido de la plaza, en que aquel día había vendimias extraordinarias, y el de los muchachos que, haciendo poco caso de la oración cívica, jugaban á poca distancia al *toro* y á las *cuatro*

esquinas, no me permitía oir cuanto quisiera. Por fin alcance esta frase:

—«Tres centurias sufrió Anáhuac el yugo ominoso de la tiranía.»

El orador volvió la cara y no pude oir más. Á poco se dignó permitirme que aprovechara esta otra:

—«Y aquel humilde anciano arrojó el guante á los tiranos, dando el grito de libertad el 15 de Setiembre de 1810.»

Más tarde fuí más feliz, pues atrapé todo esto:

—«Morelos... Allende... Aldama... Abasolo... Guerrero... Mina... Rayón... Bravo... y tantos y tantos otros, que regaron con su sangre el árbol sagrado de la libertad.»

Esta metáfora me produjo un salto de corazón y cierto encrespamiento de nervios, mezcla confusa de arrebato entusiasta y de invencible envidia. Yo no la habría imaginado. Después la he oido en boca de todos los oradores de portal y alameda, pero de fijo la han tomado del discurso de Severo.

Noté después que la voz del tinterillo decaía, haciéndose como pastosa y pesada. Pa-

saba de media hora el tiempo consagrado á aquel punto del programa, y la oración tocaba á su fin. Severo estaba en el momento crítico en que la elocuencia decae, por ser el que corresponde á las deducciones lógicas de las premisas asentadas. Sin embargo, me parece que Severo ni había asentado premisas ni deducía cosa alguna; aunque puede darlo á entender este otro período que cogí al aire:

«Imitemos á los héroes que á costa de su sangre nos *dieran* patria.

«Reunamos nuestros esfuerzos, y levantemos del abatimiento á esta patria bendita *tan digna de mejor suerte!*»

Aquí abrí los ojos, sorprendido por la novedad de la idea; y aun no acababa de saborear la bonita frasecilla, cuando hirió mis oídos la voz del orador, que á pulmón lleno gritaba:

—«¡Viva la libertad! ¡Viva la independencia! ¡Viva la patria!»

Y bajó de la tribuna.

El Jefe político se levantó del sillón presidencial, llegóse al orador, y le dió uno de

esos abrazos serios, correctos y fríos que se usan en el teatro y demás sitios de comedia; el Juez de 1ª Instancia hizo lo mismo, y tras él los otros circunstantes por orden de gerarquías.

Retiréme yo á mi casa, en donde mi madre me esperaba con impaciencia y aflicción, pues tuvo noticia de que ambos comandantes se habían roto sendos huesos en trabada riña, estando yo de por medio; y aun se le aseguró que el pueblo irritado estaría en armas de un momento á otro. Así corren las noticias en los tiempos nublados. Tranquilicéla yo, refiriéndole lo ocurrido, y no obstante esto, casi me prohibió salir á la calle.

Hasta las cinco de la tarde obedecí este decreto, y permanecí en casa, pensando ya en las consecuencias del hecho que presencié, ya en lo que sería de Remedios si venía la bola, ya en que la patria, según Severo, era digna de mejor suerte. Esto último me preocuba más, tanto por la envidia que despertaba en mi alma tan peregrina frase, como, porque jamás me había ocurrido que

aquella tierra y aquellas gentes mereciesen mejor suerte que la que llevaban. Después, tanto lo he oido repetir en discursos, y tantas veces lo he leído en artículos *de fondo* de los diarios, que me he convencido de que es cierto. ¡Vaya usted á oponerse á la corriente de la opinión general!

No se me tilde y note de prosaico (que al fin no invento sino refiero), si digo que por la tarde la diversión patriótica consistía en un alto morillo enclavado en tierra y cubierto con una capa de jabón de pulgada y media de espesor, por el cual habría de subir el desgraciado que quisiera apoderarse de dos pañuelos y un zarapejo que flameaban allá como á ocho metros de altura.

Todos los que asistieron á esta singular diversión lograron lo que yo: un buen rato de aburrimiento y un dolor tenaz en el cerviguillo.

Por la noche volví á la plaza, en donde bajo el nombre de serenata se daba una cencerrada, que á mi no me lo parecía. Algún grupo en el portal, tres ó cuatro en la puerta de Arenzana, y varias familias en el

atrio de la iglesia, componían la concurrencia de gente *visible;* la invisible llenaba las cercanías de la fuente, y en derredor de ésta, los músicos se envanecían justamente de llevar aquellos pulmones que soplaban sin tasa desde hacía veinticuatro horas.

Sentéme yo en el umbral de la sala de cabildos, y me entregué á mis pensamientos. Don Mateo, Remedios y la patria se empujaban en mi imaginación tratando de prevalecer en mis reflexiones. Yo los contenté á todos, ligándolos en mis desvaríos.

—Este disgusto entre el Jefe y el Comandante podría dar lugar y motivo para que *la cosa* se armara por aquí, puesto que Don Mateo no se quedaría burlado. De seguro que Don Mateo se pronunciaría y el barrio del Arroyo iría tras él; pero tendrían que salir del pueblo, porque Coderas no se dejaría sorprender.....¿Y qué sucedería con Remedios? Este hombre no había de ser tan bárbaro que la dejara expuesta al furor de sus enemigos. ¡Y que éstos eran!.....También yo podría cuidarla, y antes me matarían que tocarle un cabello. ¡Oh! en cuanto á eso sí

que no cabía duda; yo sería un tigre!..... Bien visto el caso, la revolución era justa y legítima; se trataba de derrocar la tiranía, y la tiranía es abominable. Yo no sabía cuáles eran los abusos del poder; pero que el Gobierno abusaba, era cosa fuera de toda duda y discusión. ¡Hombre! y es bonito el papel del que acaba con los tiranos; algo hay de eso en el *Instructor* que he leído con particular atención.

—Supongo que me pronuncio; que me persigue Coderas y no me atrapa; me voy á la montaña y allí se me reunen hasta cien pedreños, armados de cualquier modo. Vengo sobre San Martín; Coderas ha recibido auxilios del Gobierno y me espera sobre las lomas; pero yo le ataco con un brío extraordinario y le arrojo de sus posiciones, le quito las armas, se me pasan sus soldados, y tres días después marcho sobre el distrito inmediato y.....

Un estruendo repentino rompió el hilo de aquellos pensamientos que me estaban poniendo nervioso y agitado. Dí un salto, creyendo que Coderas reorganizaba sus dispersas tropas y volvía sobre mí; pero no había tal: eran las nueve de la noche, y comenzaban á quemarse los *fuegos pirotécnicos* anunciados en el programa del Ayuntamiento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

33800